

## La travesía

Esos días azules eran los más propicios para cruzar, Hafid lo sabía, lo sabían todos los que abarrotaban aquella embarcación de madera. Cuando el cielo era una enorme cubierta celeste, las noches solían ser tranquilas, menos peligrosas para adentrarse en el mar. Sabía que aquellos viajes suponían subirte a la barca con muchas, demasiadas personas, pero ahora que se veía sentado entre aquel gentío, sentía el agobio, la presión y el pánico recorrer cada célula de su cuerpo. Hafid rezaba con las piernas flexionadas pegadas al pecho y su pequeña mochila sobre las rodillas, atada a uno de los brazos para no perderla en el caso de naufragio, una posibilidad en la que no quería pensar mientras la barca salía de la costa de África cuando aún era de día.

Después de varias horas, Hafid ya no veía a su alrededor más que la inmensidad del mar oscuro, la negrura más absoluta que había contemplado; al menos, parecía en calma. Sin embargo, era consciente de que eso no significaba estar a salvo, estaban en el bravío Atlántico, a 700 kilómetros al sur de Agadir y nunca era una travesía tranquila. Los viejos de su pueblo le habían explicado que antes era más fácil llegar a Europa, cruzando el estrecho por el Mediterráneo en unas cinco horas de viaje, pero eso ya se acabó, ahora había que enfrentarse al océano Atlántico y a casi veinte horas en la mar.

Pero el viaje de Hafid hacia un futuro incierto no había empezado en esa barca acinada de personas, sino que comenzó en Casablanca, hacía más de treinta días, cuando se encontró con el grupo de candidatos que, como él, se auto exiliaban del hogar buscando una oportunidad. Los habían citado en una pequeña casa de la Medina a la que llegó disfrazado con una seguridad que no sentía para no dejar ver a los organizadores clandestinos que era un completo inexperto de dieciséis años. Ya era un hombre, tenía que serlo. Las lágrimas que derramó al despedirse de su madre serían las últimas; no podía llorar delante de sus compañeros de viaje. Los había conocido en Casablanca cuando, uno por uno, fueron pagando su billete a la tierra soñada. Mil euros para llegar a Canarias, para intentarlo, al menos.

—¿Cuánto costará llegar en avión, si por arriesgar la vida en una patera pagamos mil euros, madre? —preguntó Hafid el día que esta le contó entre lágrimas que su única oportunidad estaba más allá de las costas de África.

—No sé cuánto cuesta, Hafid, pero nosotros no podemos viajar en avión, para eso hacen falta muchos papeles —le respondió apenada, sentada junto a él en el terreno baldío que hacía las veces de patio de la casa.

Ese recuerdo lo sumergió en un mar de imágenes de su humilde hogar en un pueblo cercano a la frontera con Argelia, en el que el turismo era inexistente y las oportunidades escasas. Un mundo rural que no estaba en vías de desarrollo; estas lo habían bordeado, dejándolo en un barbecho eterno hasta que la pobreza acabase con sus habitantes. Pero en ese momento, acinado en aquella barca, su pueblo de color marrón rojizo le parecía un vergel. Su pequeña casa remendada y la calle en la que jugaba durante horas con sus amigos. Ver llegar a su madre, fatigada del trabajo en el campo, pero siempre con una sonrisa. El olor a pan sobre la leña. Notó que los recuerdos le nublaban la vista, por lo que se apresuró a apartarlos de la cabeza. No podía derramar una lágrima en aquella embarcación.

Miró a su alrededor, al grupo de hombres que permanecían en una postura antinatural, parecían los bichos bola con los que jugaba de niño. ¿En qué pensaría cada uno de ellos? Durante el mes que había tardado en llegar a la costa, había aprendido mucho sobre el ser humano, sobre lo que es capaz de hacer por sobrevivir; había visto demasiada maldad o demasiada desesperación entre iguales. Habían cruzado muchos kilómetros de desierto apiñados y escondidos en la parte trasera de un gran vehículo y, en aquellas arenas, habían perdido a parte de la tripulación, por hambre, por sed, por enfermedad o incluso por avaricia. El Dios al que tanto rezaba su madre y al que él se encomendó en ese viaje lo protegió en aquellos días de desierto. Quizá su cuerpo menudo y escuálido lo hizo pasar desapercibido entre los hombres que, sedientos, robaban el agua o las escasas provisiones, a veces después de haber imperado la ley del más fuerte.

Cuando dejaron atrás las arenas infinitas del desierto, Hafid pensó que lo peor había pasado, pero ninguna etapa de aquel viaje era sencilla. Entonces llegó el momento de esconderse en el pueblo costero del que partirían hasta que la barca estuviera lista. Seis metros de largo por dos de ancho, de la peor madera que existía y que sólo serviría para un viaje. Lo primero que hizo fue buscar refugio cerca de la playa. Revisó las provisiones que le quedaban y volvió a racionarlas en paquetes más pequeños. Si no gastaba mucha energía, no necesitaría tanta comida al día. No sabía cuánto tardarían en salir, así que tenía que ser precavido. Gracias a eso, había podido subir a la barca con algunas almendras con miel.

Entonces su mente vagó hasta varias horas atrás, no sabía cuántas, al momento que fueron citados para embarcar y la reyerta que había presenciado. El encargado de verificar los pases, ese que habían pagado en la Medina de Casablanca, les dijo que eran más de cuarenta y que no todos iban a montarse aquel día, daba igual que hubiesen pagado, algunos tendrían que esperar a otro grupo, sin fecha establecida para partir. Hafid observó cómo la desesperanza transformaba a algunas personas en bestias capaz de todo. Por un instante quiso imponerse a todos, pero no era lo suficientemente valiente, o lo suficientemente loco, así que se quedó en un segundo plano resignado a quedarse más días en la playa y pensando cómo podría obtener más raciones de comida. Pero la fortuna quiso darle la mano y uno de los hombres que habían construido la patera ayudó a Hafid a abordar. Era su forma de agradecer las horas que el joven había pasado con él, en la antigua nave del puerto, clavando y asegurando las planchas de madera de la embarcación. Para Hafid, esa tarea lo había ayudado a sobrellevar los días de espera. Las horas preparando la barca lo habían alejado del peligro de dejarse atrapar por la nostalgia y el miedo. Además, mientras trabajaban, el viejo artesano naval le había contado muchas historias de conocidos que habían llegado a Europa. Algunas eran el sueño de cualquier chico de su edad, otras no tanto, pero hasta las que tenían un final menos afortunado le infundieron ganas para aguantar el resto de la travesía, incluso cuando en las noches solitarias, escondido en la playa, tenía devaneos con la desesperación que lo tentaba a abandonar el periplo y a buscar la forma de volver a casa. En esos momentos recordaba las palabras del viejo barquero que lo animaba con sus cuentos de Europa «muchacho, incluso si acabas en la cárcel, comerás algo caliente cada día». Y, aunque ese no era el futuro con el que soñaba, sí era en cierto modo lo que su madre quería para él, que pudiese vivir, sobrevivir.

Hafid notó que, perdido en sus recuerdos, había logrado aguantar en esa embarcación el tiempo suficiente para ver despuntar el día. A medida que clareaba, el sol hacía brillar el agua con cientos de reflejos dorados, pero con la mañana también llegó una suave brisa que, poco a poco, fue convirtiéndose en viento y las olas comenzaron a mover con fuerza la barca. El océano se embravecía. A Hafid se le encogía el estómago con cada sacudida y se agarraba aún más las piernas, como si pudiera hacerse tan pequeño que el mar no lo tuviera en cuenta. De repente, escuchó el inequívoco sonido de un cuerpo cayendo al mar. No sabía si se trataba de algún compañero que se rendía, o una venganza o quizá alguien había arrojado al agua el cuerpo de un vencido por el hambre. Rezó para

que fuese esto último. Había contado cinco caídos al Atlántico. Miró el viejo reloj de su abuelo que llevaba escondido en la mochila. Llevaban más de dieciocho horas de viaje. No sentía las extremidades y ya no sabía si tiritaba por frío o por el pánico. Tenía que aguantar. Pronto llegarían a tierra. Iba a conseguirlo. Alguien gritó con fuerza y todos levantaron la cabeza. En el horizonte se veía la línea de costa. Canarias, España, Europa estaba ahí, a pocas millas de alcance. Su respiración se aceleró. Algunos hombres, los que se sentían capaces, se lanzaron al mar en aquel mismo momento. Sabían que tenían que hacer el último tramo a nado, era la mejor forma de eludir a la guardia costera, pero Hafid no se sentía capaz de recorrer tanta distancia. Tenía que tranquilizarse, aguardar un poco más en la barca pese al oleaje y saltar un poco más tarde. Pero por mucho que intentó mantener la calma, la barca empezó a moverse con fuerza, empujada por el mar y por los saltos de sus ocupantes. En una de esas sacudidas Hafid rodó hasta el borde y, en un segundo, se vio rodeado por agua. Aguantando la respiración, buscó la luz y se impulsó hacia ella para salir a flote. Inhaló profundamente varias veces, los pulmones le ardían y tenía la boca seca y salada. Asustado palpó la mochila que, afortunadamente, seguía atada a uno de sus brazos. En ella tenía sus tesoros: el viejo reloj del abuelo, una pulsera de su madre y, protegidos con varias bolsas de plástico, los pocos euros que le habían sobrado después de pagar el pasaje. Con la respiración más calmada, buscó la línea de costa y se dispuso a nadar. Tenía que lograrlo. Comenzó a mover los brazos y las piernas despacio, para no agotar las fuerzas, le quedaba mucho por recorrer. Una brazada, otra, una brazada, otra, y otra y otra más. Muchas brazadas después, cientos de calambres le recorrían los músculos, cada vez le costaba más sacar las piernas a flote, estaba exhausto y, al intentar divisar la costa, la vista se le nublaba. Pero quedaba tan poco camino que no podía rendirse. De repente, un fuerte pinchazo le cruzó la pierna izquierda, un dolor insoportable que lo hizo parar. Algo le había picado. Gritó de rabia y desesperación. No podía más. Intentó avanzar moviendo solo los brazos, pero era inútil, el dolor era tan agudo y estaba tan cansado que se resignó a ponerse boca arriba y dejar su cuerpo sin fuerzas a merced del océano. Después de pedir perdón a su madre, se dejó llevar por la oscuridad.

El calor de una manta rodeaba su cuerpo, unos brazos lo zarandeaban mientras lo llamaban voces extrañas. «Abre los ojos» le decía un desconocido en su idioma. Obedeció la orden, luchando contra la luz cegadora del sol del medio día. El cielo era tan azul como el que había dejado en África y esa luz que le daba la bienvenida a un nuevo mundo le

calentó el alma y lo transportó a las mañanas en su pueblo, jugando con sus amigos a construir castillos de barro y a dar patadas a un viejo balón de tela; a esperar a que su madre llegara del campo para ver si había algo de comer y a su sonrisa cuando traía el zurrón lleno de arroz y huevos. Hafid sonrió, el cielo no lo había abandonado. La luz de Europa le recordó a ese sol de la infancia que sólo se apaga cuando dejamos de creer en nuestros sueños.